

viva

San José, Costa Rica. Martes 9 de septiembre, 2003



Niños de circos

Armando Vega Lacayo toma entre sus manos un trío de pelotas y, en un dos por tres, las hace girar con gracia y coordinación en el aire. Con solo 13 años de edad, este vecino de Pérez Zeledón tiene un compromiso ineludible cada lunes: asistir a clases de circo.

• *Un grupo de niños de Pérez Zeledón invierte sus energías en aprender los secretos del circo*

Yazmín Montoya

yazminross@nacion.com

Armando Vega Lacayo toma entre sus manos un trío de pelotas y, en un dos por tres, las hace girar con gracia y coordinación en el aire. Con solo 13 años de edad, este vecino de Pérez Zeledón tiene un compromiso ineludible cada lunes: asistir a clases de circo.

Elena Lacayo Corrales, su madre, está orgullosa de las habilidades de ha adquirido el pequeño, con quien ha hecho un trueque que le resulta muy efectivo: Armando no puede ir a esas lecciones si no estudia. Es así como logró que este año sus notas sean muy buenas.



El trabajo en equipo es parte importante de lo que aprenden los niños de Pérez Zeledón en sus clases de circo. (Foto: **Kattia Vargas**/La Nación).

Precisamente, el desarrollo de habilidades es uno de los objetivos del taller de circo que realiza el austriaco Gerhard Pürcher, en esa ciudad, desde hace 13 meses, como una alternativa preventiva para niños en desventaja social.

"El está muy motivado. Estas actividades le ayudan a desarrollar la creatividad y a no acercarse cuestiones dañinas como las drogas", expresa su mamá convencida.

Aprendizaje divertido

El proyecto de circo se imparte en algunas comunidades que sufren problemas de pobreza tales como Tierra Prometida, Pavones, Barrio Sinaí, Barrio San Francisco y Pacuarito, en ese cantón del sur del país.

Según cuenta Pürcher, en un principio la idea era trabajar con niños de la calle, pero debido a la inestabilidad que tienen, el proyecto era irrealizable. "Las artes del circo son puro entrenamiento, y como los niños de la calle no tienen continuidad, es muy difícil trabajar con ellos" comentó.

Así que el proyecto que había planificado desde su tierra natal como su trabajo social (Vea recuadro *Malabares vs. armas*) se transformó en una iniciativa de prevención para niños de 9 a 18 años.

En las clases, los jovencitos se entrenan en el arte de los malabares, los cuales realizan con pelotas, clavos –esa especie de botellas similares a los pines del boliche– y aros.

También realizan acrobacias con sus cuerpos, sortean los platillos y los trompos chinos, aprenden los secretos de los payasos, y juegan con los paracatines (ese juego de tres palillos con los que se hace suertes en el aire) y con el bastón de fuego.

Las lecciones son tan libres como para permitir que cada uno enfatice en lo que más le interesa, (Vea recuadro *Ilusiones de circo*) sin que por eso dejen de trabajar en grupo. De hecho, este último aspecto tiene particular importancia en los espectáculos que presentan.

Hasta la fecha han sumado cuatro presentaciones. De ellas, las más importantes fueron la del 12 de julio pasado, y las de 4 y el 6 de setiembre, todas realizadas en el parque de San Isidro de El General.

El evento de julio fue la culminación de un campamento realizado en la finca Longo Mai, en Pérez Zeledón. En aquella ocasión, cerca de 27 niños compartieron conocimientos por una semana. A ellos los instruyeron, entre otros, los estudiantes de la *Escuela de la Comedia y el Mimo de Granada, Nicaragua*, y un costarricense miembro de la agrupación *Magos del Tiempo*. Con la participación de los nicaragüenses también se fomentó la hermandad entre pueblos.

La presentación del sábado anterior fue para celebrar el día del niño y llevar un mensaje de rechazo a la violencia contra los menores.

Más allá de lo circense

Según explica Pürcher, el proyecto es valioso no solo por las habilidades físicas que desarrollan los estudiantes.

En su opinión, más allá de aprender movimientos alternativos de su cuerpo, y de desarrollar la vista periférica y el equilibrio, las lecciones les han enseñado la importancia de trabajar en equipo, de ser creativos y de mantener seguridad ante la mirada de los espectadores.

Esta seguridad se aprecia muy bien en sus presentaciones. Por ejemplo, los niños saben que cada vez que uno de los instrumentos de trabajo se cae al piso y desordena su espectáculo, lo correcto es juntarlo y continuar con la función.

Por otro lado, muchos confiesan haberse apartado de costumbres sedentarias como sentarse frente al televisor en las tardes que, sin duda, se ha tornado más creativas.

"Hemos visto que el medio del circo poco se puede superar. Levanta la autoestima de los niños y es un reto a su creatividad, al tiempo que les aleja de las drogas" asegura Roland Spendlingwimmer, presidente de la Asociación Vida Nueva, la cual coordina el trabajo social de Pürcher.

"En el circo no existe la competencia que existe en la mayoría de los deportes. El circo fomenta el trabajo en conjunto. Hay que confiar en el otro, solucionar cosas con el grupo", añade Pürcher, quien aprendió las artes circenses con una profesora en Austria, mientras estudiaba Educación Física.

Hoy, a punto de terminar su periodo de trabajo, Pürcher recuerda que al principio los padres de los niños se mostraban celosos. A ellos les despertaba desconfianza que un extranjero con apariencia de *rasta* comenzara a impartir lecciones gratuitas. Sin embargo, poco a poco él se acercó también a los padres y se ganó su confianza.

Tras 13 meses de trabajo, a Pürcher le queda la satisfacción de haber sembrado la semilla de las artes circenses. La mejor prueba de ello está en el alma de sus cerca de 20 alumnos, quienes no dudan en decir que desean convertirse en profesionales.

Malabares vs. armas

Gerhard Pürcher vino a Costa Rica a realizar su servicio social. En su país de origen, Austria, los varones mayores de 18 años deben realizar el servicio militar por 8 meses, o, si lo prefieren, cumplir 14 meses de servicio social. A pesar de que el ejército es menos tiempo y resulta más económico, Pürcher prefirió los malabares antes que las armas.

Costa Rica tenía una imagen muy linda en Europa, por su clima y por su gente, y aunque no conocía bien el idioma, se aventuró a venir luego de conocer al presidente de la Asociación Vida Nueva, que se ubica en Pérez Zeledón. Y decidió hacer allí su proyecto de circo.

Antes de venir trabajó durante 8 meses con el fin de reunir dinero suficiente para el viaje y para comprar todos los materiales que se necesitan para los malabares.

Pürcher pronto finalizará sus 14 meses de trabajo social y, tras haber logrado sus objetivos de sembrar el arte circense en Pérez Zeledón, se retirará del taller. En su lugar vendrá otro experto en el tema, el alemán Franz Grimm, quien ya estuvo un año trabajando con niños en Sarajevo. A él le corresponderá abonar la semilla que sembró su antecesor.

Pequeñas Ilusiones

Wálter Andrés Badilla Chinchilla

Tiene 13 años y no estudia. Está en el campamento desde julio y le gusta ir a las lecciones porque son muy entretenidas. Su rutina favorita es la del bastón de fuego.

Meybelline Martínez Bran

Tiene 11 años y está en quinto grado en la Escuela Sinaí, en San Isidro de El General. Está en el taller de circo desde el año pasado y lo que más le gusta es usar los trompos chinos. Su madre asegura que es una "fiebre" y que ensaya a diario. Por su parte, ella está segura de que cuando crezca va a trabajar en un circo.

Ana Lucrecia Zúñiga Sáenz

Esta vecina de Tierra Prometida de San Isidro de El General, tiene 9 años de edad. Va a clases los lunes, de 4 p. m. a 6 p. m. y dice que ir a clases es mejor que ver televisión. Para ella, lo más divertido es hacer pirámides y jugar con los paracatines.

Pablo Esteban Fernández Mena

Tiene 11 años y cursa cuarto grado en la Escuela de Tierra Prometida. Confiesa que hacer malabares y jugar con los trompos chinos le gusta más que jugar fútbol, actividad que ha dejado de practicar a raíz de las lecciones de circo. Cuando sea grande espera trabajar en un circo.